

*cla un poco de vanidad á su predicacion, será salvado como á través del fuego;* y pasando de ahí, á las declaraciones de los Padres y de los concilios, á la autoridad y á la costumbre de la Iglesia y á la razon misma, que nos dicta que, puesto que hay algunos que á la muerte no son, ni bastante santos para entrar en seguida en el cielo, ni bastante malos para ser arrojados en el infierno, debe haber durante el tiempo de la prueba un lugar entre uno y otro, dejó al caballero completamente convencido de la existencia del purgatorio, y pocos dias despues recibió su abjuracion (1).

Otro calvinista que se preciaba de sabio, queriendo en este tiempo, por pura curiosidad, entrar en controversia con el santo Obispo, y atacarle con sus objeciones para saber hasta qué punto llegaba su ciencia, de la que tanto se hablaba, fué cogido en las redes del hombre de Dios y se convirtió.

Habiendo encontrado á otro que habia descendido de la herejía hasta el ateismo, por una consecuencia rigurosa á todo entendimiento lógico, este le preguntó con un aire burlon, si habia Dios, y qué cosa era la fe (2). El Obispo entonces, animándose con un celo apostólico, acompañado de la mas amable dulzura, fué siguiendo con gran paciencia la cadena de las verdades religiosas, desde el primer anillo hasta el último, y condujo á este espíritu extraviado de los principios á las consecuencias, obligándole á admitir desde luego una causa primera espiritual, infinitamente perfecta, con la obligacion de honrarla, de amarla y de servirla; despues la mision divina de Jesucristo y su Iglesia, encargada de conservar intacto el depósito de las verdades reveladas, con el deber de someternos á sus enseñanzas; y por último, la belleza y escelencia de estas mismas enseñanzas: siendo tanta la fuerza y unción con que espuso todo este bello orden de doctrina, que el

(1) Carlos Aug., p. 520.  
(2) Idem, p. 521.

ateo, abriendo á la vez su inteligencia y su corazon á la verdad desmostrada, llorando su extravío, se confesó, comulgó, y observó en adelante una vida ejemplar (1).

Algunos dias despues de esta conversion tan consoladora, fueron á decir al santo Obispo que habia en la cárcel un desgraciado condenado á muerte, que en la desesperacion en que se encontraba rehusaba recibir los sacramentos, y entregaba con anticipacion su alma á los demonios.

Corre al punto á la prision, baja al calabozo, abraza al culpable, le consuela, llora con él, y le ruega con instancia que tenga confianza en las divinas misericordias, que acepte la muerte en satisfaccion de sus faltas y se prepare para la confesion. «Es inútil, dijo el desgraciado, estoy destinado al infierno y bien pronto seré presa del demonio.—»Pero, hijo mio, ¿no quisiérais mejor ser presa del Dios de bondad y víctima de la Cruz de Jesucristo?—Sin duda, »pero Dios no puede hacer nada con un miserable como yo.—Pero por hombres como vos, replicó el Obispo, ha »enviado el Padre Eterno á su Hijo al mundo; por hombres peores que vos, como sus verdugos y el traidor Judas, ha derramado su sangre Jesucristo.—¿Me asegurais, »dijo el criminal, que puedo sin atrevimiento recurrir á »la misericordia de Dios?—Sería por el contrario un »grande atrevimiento pensar que, siendo infinita esta misericordia, no puede perdonar todos los pecados.—Pero »Dios es justo, y me condenará.—Dios es misericordioso y »os salvará, si le pedís perdon con un corazon contrito y »humillado.» Conmovido con estas dulces palabras, el criminal se confiesa, se resigna, y muere de un modo edificante repitiendo con frecuencia: «¡Oh, Jesus! me abandono en Vos, confio en Vos.» (2)

No solo iba el Obispo de Ginebra á visitar á los que podía ser útil, sino que estaba, todo el tiempo que pa-

(1) Dep. de Francisco Favre, que estaba presente.

(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. III, sec. XI.—Carlos Aug., p. 521.



saba en su cuarto, accesible á todos, lo mismo á los indiscretos é importunos que á sus mejores amigos; recibiendo á todos con una alegría santa y una maravillosa afabilidad; sin dejar nunca aparecer en su frente ninguna de esas nubes que forman la fatiga y el disgusto; oyendo hablar de las cosas pequeñas como si ignorase las grandes, y de las grandes como si nunca se hubiera ocupado de las pequeñas; escuchando con placer y animando á contestar con confianza; acomodándose á todos y no prefiriéndose á nadie, y dejando á todos que manifestaran su talento sin prevalerse de la superioridad del suyo. Habiendo un dia un hereje ido á verle, le preguntó sin ningun rodeo si era el que se llamaba el Obispo de Ginebra. «Sí señor, contestó, me llaman así.—Quisiera saber de vos, que os tienen por hombre apostólico, si los apóstoles andaban en carruaje.—Sin duda, sí señor, cuando se presentaba ocasion para ello.—Quisiera que me mostráseis eso en la Escritura.—Leed el capítulo octavo de las actas de los apóstoles, y vereis allí que el diácono San Felipe subió al carruaje del eunuco de la Reina de Etiopía.—Pero, contestó, este carruaje no era suyo, sino del eunuco, y no era una carroza dorada, bordada y tan rica que el rey no la tiene mas hermosa, tirada por magníficos caballos, guiada por los cocheros mejor vestidos. Esto me escandaliza en vos, que os haceis el santo y á quien os tienen por tal: es verdaderamente muy curioso ver estos santos que van al cielo tan cómodamente.—¡Ah, señor! á contestó el Obispo, los de Ginebra que se han apoderado de los bienes de mi obispado, me han dejado en tanta escasez, que todo lo que puedo hacer es vivir pobremente con lo que me queda. Nunca he tenido carruajes ni medios de sostenerlos, y este de que me sirvo pertenece á Su Majestad, que honra con los carruajes de la corte» «los que, como yo, acompañan al Príncipe de Saboya.—¿Sois pobre? le preguntó el interlocutor.—No me quejo de mi pobreza; tengo lo suficiente para vivir, y aun cuando sintiera escaseces, haria mal en quejarme de una

»posicion que Jesucristo ha escojido por su herencia, vi-  
»viendo y muriendo en los brazos de la pobreza.» El protestante se retiró satisfecho de esta entrevista, lleno de estimacion y afecto hácia el santo Obispo (1).

La misma dulzura edificó á un antiguo oficial del Palatinado, Felipe Jacobo, que acercándosele un dia con tono brusco (2): «Quisiera saber, señor, lo que haceis aquí.—Estoy aquí, contestó el santo Obispo con calma, por orden de mi príncipe y por un bien público.—Y ¿quién cuida de vuestras ovejas durante esta ausencia?—Antes de mi partida las he confiado á sacerdotes doctos y celosos, que las apacentarán hasta mi vuelta.—¿No es de derecho divino la residencia de los Obispos?—Así creo, contestó el Obispo.—Y los Obispos de ahora, ¿son como los de la Iglesia primitiva?—Sí, ciertamente, contestó, tienen el mismo poder y la misma dignidad.—¿Pero pueden hacer milagros como San Pedro?—Aunque no fuesen mas que la sombra de San Pedro, porque la sombra de San Pedro hacia milagros.»

Empeñada así la disputa se prolongó durante dos horas, durante las cuales este hombre, admirado de las respuestas del Obispo, le dijo retirándose: «Monseñor, calvinista por nacimiento, he abrazado despues la fe romana; las dificultades que acabo de proponeros me inquietaban aún. Si no las hubiérais resuelto con tanta dulzura y claridad, hubiera vuelto á la religion protestante. Bendigo á Dios que me ha amado hasta el punto de hacerme la gracia de escucharos.» No fue esta la última vez que este hombre tuvo que bendecir á Dios por haber encontrado á Francisco; porque habiendo hecho luego un viaje á Italia, y habiendo quedado reducido con su mujer á la mas estrecha pobreza, fue á buscar á Annecy al hombre de Dios, que pagó durante seis semanas la posada donde paraba, y le dió á su partida una suma de dinero considerable.

(1) *Espiritu de San Francisco de Sales*, p. I, sec. XXVI.

(2) Carlos Aug., p. 523.



Entre las personas que iban á visitar al santo Prelado, ya se comprenderá sin duda que no faltaban señoras. Un día, al salir de su sermón, lo rodearon; cada una tenia una dificultad que proponerle, é impacientes porque les llegase su vez, hablaban todas á un tiempo. «Señoras, las »dijo el santo Obispo sonriendo, contestaré á todas vues- »tras preguntas si teneis á bien contestar á la mia. Supon- »gamos una reunion donde todos hablan y nadie escucha, »¿qué se diria de ella?» Todas comprendieron su impaciencia, se callaron y se marcharon, proponiéndose cada una hablar al santo Obispo en particular (1).

Hombres eminentes en virtud acudieron tambien, pero con mas discrecion, á contraer con el santo Obispo una santa amistad. Uno de los mas notables fue Andrés Duval, decano de la facultad de Teología de París y Superior general de los Carmelitas de Francia. Quiso confesarse con el santo Prelado, que á su vez se confesó con este gran siervo de Dios. Los dos se dieron mutuamente consejos espirituales para su conducta, y cada uno de ellos decia del otro: «No soy digno de desatar las correas de su cal- »zado.» Se concertaron los dos para ganar é instruir á los herejes, y cuando se habia consumado la obra, el uno atribuia siempre el mérito al otro, siendo este el único punto en que no estaban de acuerdo; bellas disputas de los santos, que se humillan por exaltar á sus hermanos, segun la observacion que hacia San Vicente de Paul refiriendo el hecho á su comunidad (2).

Del mismo modo que Mr. Duval, el Padre Suffren, de la Compañía de Jesus, confesor de Luis XIII y de María de Médicis, y Mr. Bourdoire, fundador de la comunidad de San Nicolás del Chardonnet, ocuparon un gran lugar en la amistad de Francisco. El primero era un hombre de estudio y

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. III, sec. XIII.

(2) Mr. Duval ha dejado una obra de Teología, un tratado *De suprema Romani Pontificis in Ecclesiam potestate*, y otras obras. Murió el 9 de setiembre de 1638, de edad de setenta y cuatro años.

de oracion, de lo cual el santo Obispo se aprovechó para incitarle á componer para los fieles una especie de *Breviario espiritual*, donde encontrasen para cada época del año, para cada mes, para cada semana, para cada dia, prácticas propias para santificarlas; y de ahí nos ha venido el *Año cristiano*, libro escelente, que no tiene mas defecto que la antigüedad del estilo. El segundo era menos un hombre de gabinete que de accion; reformador ardiente del clero, devorado por el celo de la disciplina eclesiástica, sin que pudiera sufrir en el sacerdote cosa que no fuese perfectamente regular, y que combatia sin rodeos el desorden donde quiera que lo apercibia. Deseoso de conocer al santo Obispo, que realizaba en su persona el ideal de la perfeccion sacerdotal, y prometiéndose sacar de ello gran provecho para su santificacion y la del clero, le escribió una larga carta que llevó él mismo, en la que hacia resaltar el poco fruto que producirian sus sermones mientras el clero y el pueblo no fueran mejor instruidos y regulados. El Obispo, despues de haber leído dos veces esta carta con grande atencion, conferenció una hora entera sobre su contenido con el Padre Bourdoire, y este insistió con mas firmeza aún en la necesidad de reformar el clero. «Es una cosa estraña, »dice, que nadie piense en ello.» Entonces, en efecto, no habia seminario para formar á los jóvenes sacerdotes en la ciencia y virtudes eclesiásticas, sino que se entraba en el sacerdocio sin tener conocimiento de él, y sin haber meditado y practicado sus deberes; teniendo el clero necesariamente que resentirse de esta falta de una escuela preparatoria. Por esto el Padre Bourdoire continuó hablando con esa libertad que no teme mas que á Dios. «Me sor- »prende, dijo, que un Obispo á quien Dios ha dado tan gran- »des talentos no los emplee en formar buenos sacerdotes, y »se entregue casi únicamente á la direccion de las muje- »res.—Convengó en ello, contestó el santo Obispo sin ofen- »derse por esta libertad de lenguaje, y aun estoy persuadi- »do de que no hay nada tan necesario en la Iglesia como »formar buenos sacerdotes; pero ese es un ministerio muy



«alto para mi flaqueza, y lo cedo á manos mas hábiles. »Mr. de Berulle se ocupa de ello, y tiene para eso mas capacidad y tiempo que yo, que estoy encargado de una vasta diócesis. Dejo á los artífices que trabajen el oro y la plata; los obreros como yo deben contentarse con manejar el barro. Considero de grande importancia la santificación de las mujeres, las cuales, siendo sólidamente virtuosas, pueden hacer grandes cosas en la iglesia, derivando en ella el perfume de su piedad. Al mismo tiempo que su sexo débil merece una gran compasion, su valor merece un grande interés. Siguiéron á Nuestro Señor en sus escursiones evangélicas, y le acompañaron hasta el pié de la cruz, donde no se encontró mas que un Apóstol.» (1)

El Padre Bourdoire, encantado cada vez mas de la alta virtud del hombre de Dios, le invitó á ir San Nicolás *du Chardonnet*, donde se daban todas las semanas, conferencias al clero sobre las virtudes y obligaciones eclesiásticas; y el Obispo, fiel á la cita, fue á ver al santo sacerdote, visitó á los miembros de esta comunidad, á cada uno

(1) Tal es la respuesta que Mr. de Belley atribuye al santo Obispo (*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. X, sec. XIV), y nos parece mucho mas probable, mas conforme el espíritu de humildad y caridad de San Francisco de Sales, que la que refiere el Padre Bourdoire. Este le hace decir, que despues de haber trabajado durante diez y siete años en formar solo tres sacerdotes como lo deseaba, no habia podido formar mas que uno y medio, y que no habia pensado en las Hijas de la Visitacion sino despues de haber perdido toda esperanza de buen éxito con los eclesiásticos. Esta respuesta contiene varias falsedades, á saber: 1.ª San Francisco de Sales pensó en las Hijas de la Visitacion desde el principio de su episcopado, y Dios le reveló su instituto al año siguiente 1603, antes de la Cuaresma, en Dijon; 2.ª trabajó toda su vida en formar un buen clero en su diócesis, y aun tuvo el proyecto de formar una Congregacion de eclesiásticos, al que renunció cuando vió nacer la de Mr. Berulle, á quien deseó asociarse (\*). No es pues cierto que hubiera perdido la esperanza de formar buenos sacerdotes, y que no pensó en las Hijas de la Visitacion sino despues de diez y siete años de esfuerzos inútiles para el clero. Esta respuesta es una de esas críticas mordaces tan comunes en el P. Bourdoire, uno de esos recuerdos infieles que el que lo refiere cambia segun su impresion.

(\*) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. VII, sec. XIV.

en su cuarto, y asistió á sus conferencias, donde tenia gusto de oír á este hombre tan lleno de verdadero espíritu sacerdotal, hablar de los deberes eclesiásticos. Frecuentemente le invitaba á que le acompañase cuando iba á predicar, y manifestaba en toda ocasion la veneracion que le tenia á él y á su comunidad. Quejándose el Cardenal de Retz un dia en su presencia de que el Padre Bourdoire daba que hablar mucho de sí por el ardor de su celo, al que faltaba á veces la prudencia: «Creedme, monseñor,» dijo el santo Obispo, no hemos oido decir aún que ninguno se haya condenado por haber procurado con demasiado celo el restablecimiento de la disciplina eclesiástica.» (1)

Pero de todos los sacerdotes de París, San Vicente de Paul fue con quien el Obispo de Ginebra se unió mas estrechamente. Estas dos grandes almas, que poseian eminentemente el don de discernimiento de espíritus, bien pronto se conocieron y comprendieron, y una tierna amistad unió á los dos. Vicente de Paul proclamaba que la dulzura, la majestad, la modestia y todo el exterior del Obispo de Ginebra le representaba, como en una viva imágen, á Jesucristo conversando con los hombres (2). Francisco de Sales, por su parte, no llamaba á Vicente de Paul sino *el sacerdote santo, el mas digno que habia conocido*; y alababa en todas ocasiones su religiosidad, su prudencia y sus raros talentos para dirigir á las almas á una piedad sólida y elevada. Por eso, habiendo establecido en París una casa de la Visitacion, no creyó poder confiar á mejores manos que á las de San Vicente la direccion de sus amadas hijas: prueba incontestable de la alta estimacion en que le tenia; porque era máxima suya que se debe escojer un director entre diez mil; que hay menos de los que se cree capaces de este cargo; y que la direccion de una casa religiosa pide mucha virtud unida á mucha ciencia y experiencia. Esta

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. IV, s. I.

(2) Vida del P. Bourdoire.



eleccion significaba que preferia á San Vicente de Paul á tantos otros pastores vigilantes y sábios, á tantos doctores llenos de ciencia, á tantos directores ilustrados que encerraba entonces la ciudad de París; y el resultado probó bien el acierto de esta apreciacion.

Francisco mismo se encontró por este tiempo encargado de la direccion de una persona que se hizo despues tristemente célebre, la madre Angélica Arnaud, abadesa de Port-Royal. Esta religiosa, abadesa á los catorce años, y que cuando tenia apenas diez y siete habia ya establecido la reforma en su comunidad, venciendo para eso con ánimo varonil las mayores dificultades, acababa de emprender á los veintiocho años otra reforma mas difícil aún, la reforma de la abadía de Maubuisson. Por naturaleza altanera, y satisfecha de sí misma por la gloria precoz de que estaba rodeada, temiendo, sin embargo, engañarse conduciéndose á sí misma, invitó al santo Obispo á que visitara su casa. Se rindió á sus deseos, y desde la primera entrevista dominó su alma, y aunque aplaudia sus proyectos, la dirigió con una firmeza que no habia encontrado hasta entonces en nadie. El pensamiento del gran bien que iba unido á la instruccion de una persona de tanto mérito, le llevó á menudo á Maubuisson, y aun permaneció allí hasta nueve dias seguidos, para secundar con sus sermones y consejos la empresa de la reforma. Estos fueron para la abadesa y la comunidad dias de dicha y de salvacion, no pudiendo cansarse de admirar al hombre de Dios; recogiendo en el sentimiento de su veneracion respetuosamente los restos de su mesa para hacer su comida, sin tocar nunca irrespetuosamente los platos y el cubierto de que se habia servido, y hasta haciendo á su partida conservar como reliquias la cama, las sillas y la ropa que habia servido para su uso (1). Se colocó bajo su direccion, y aun pensó en dejar su título de abadesa para hacerse simple religiosa de la Visitacion. El santo Obispo

(1) Carlos Aug., p. 522.

no quiso nunca consentir en ello, diciéndola que era mas á propósito para mandar que para obedecer, y que debia permanecer en su vocacion (1). No pudiendo seguir al hombre de Dios, quiso al menos continuar por medio de una frecuente correspondencia bajo su direccion durante el resto de su vida. En esta curiosa correspondencia (2) se admira con qué arte el santo Obispo analizó este corazon extraordinario, atormentado con la necesidad de cosas grandes; «esta alma siempre inquieta por saber si era de las almas bajas ó altas;» tan pronto movida de indignacion á la vista del mal; «tan inclinada á la burla ó á la cólera ante las bagatelas, niñerías é imperfecciones femeniles de sus hermanas;» tan ávida de sacrificios, tan impaciente por sus imperfecciones. «Con qué dulzura calma en ella esta fiebre de penitencias corporales, la retira poco á poco de las austeridades excesivas y la enseña á dirigir todos sus cuidados á la correccion de sus defectos;» con qué tacto la hace sentir que debe caminar por la senda ordinaria, por una dulce, pacífica y profunda humildad, practicada suave y alegremente; con qué buen sentido, en fin, para enseñarla á establecer la tranquilidad y dulzura en su alma, la enseña primero á ejecutar con ella todos sus actos, á hacer que presida á todas sus acciones, como andar, levantarse, sentarse, acostarse, comer, haciéndolo todo dulce y suavemente, y vereis, añade, cómo dentro de tres ó cuatro años habreis arreglado completamente esta tan repentina precipitacion.»

Algunos meses de una direccion tan sabia obraron una saludable revolucion en el alma de la Madre Angélica, abriéndole horizontes que no imaginaba, y la prepararon á los mas maravillosos progresos, que desgraciadamente

(1) *Historia de Port-Royal*, por Racine. Apuntes de la madre Angélica Arnaud sobre la vida de su tia.

(2) Se conservan en Annecy varias cartas inéditas de San Francisco de Sales á la madre Angélica, y sería facil encontrar las otras piezas de esta correspondencia.



no se realizaron, porque á la muerte del santo Prelado cayó en manos de un guia muy diferente, el Abad de Saint-Cyran, que la condujo por los senderos del error y del cisma.

Deseosa de hacer participante de su dicha á su hermana Inés Arnaud, que gobernaba la comunidad de Port-Royal durante su ausencia, obtuvo del santo Prelado la promesa de que iria á visitar esta última abadía. Fue en efecto, y predicó allí; pero en medio del sermón le sorprendió el llanto, y se vió obligado á detenerse algunos instantes. Habiéndole preguntado la Abadesa despues del sermón la causa de estas lágrimas y de esta interrupcion: «Es, contestó, que Dios me ha dado á conocer que »vuestra casa perderá la fe. El único medio de conservar-la es la obediencia á la Santa Sede.» (1)

Todos estos trabajos no eran aún sino una pequeña parte de las ocupaciones de Francisco durante su estancia en París. Ya presidia discusiones sobre Filosofía y Teología, recibia las consultas de los teólogos que acudian á pedirle la solucion de sus dificultades, ó de los Obispos que le escuchaban como á un doctor de la Iglesia y le respetaban como á su padre (2); ya animaba á la perfeccion á las comunidades religiosas; socorria á los pobres con limosnas y á los afligidos con consuelos; arreglaba los pleitos de las familias; asistia á todas las juntas que tenian por objeto los intereses de la religion ó la caridad con el prójimo; y como para descansar de tantos trabajos, iba á los hospitales para exhortar á los enfermos, confesar á los moribundos, ó á las casas particulares para alentar á los que sufrían.

Habiendo sabido que uno de sus sacerdotes que se encontraba en París estaba atacado de una enfermedad contagiosa, fue dos veces á visitarle, y envió todos los días á saber por su salud, hasta que estuvo enteramente resta-

(1) Carta de la Hermana María Duplessis, religiosa de la Visitacion.  
(2) Carlos Aug., p. 524.

blecido (1). En fin, el 28 de abril de este año 1619, consagró en la iglesia de *Saint-Germain-des-Prés* el altar de San Sinfiriano (2).

Tantos trabajos le produjeron una grave enfermedad, y entonces fue cuando se manifestó bien la tierna veneracion de que era objeto. Los Cardenales y Obispos, los príncipes y cortesanos, los personajes de todas clases se apresuraron á visitarle, y de todas partes vinieron presentes de lo que podia ser útil á su estado delicado (3). Recobró prontó la salud y volvió al trabajo con nuevo ardor, olvidándose de sí mismo para no mirar sino el bien que podia hacer. A menudo llevaba este olvido de sí hasta negarse los alivios que le hubiesen alijerado el trabajo, y hacia burla graciosamente de sus compañeros de viaje cuando se lamentaban de ello.

Un dia que habia ido á predicar al monasterio de la Visitacion, muy apartado de su casa, encontró á la puerta cuando quiso volver un elegante carruaje, que un rico señor que habia asistido al sermón ponía á su disposicion para conducirle, porque la lluvia caia en abundancia y el fango llenaba las calles; pero rehusó con urbanidad y se fue á pié, prefiriendo volver así modestamente á la pompa de un carruaje de gran señor. Un jóven sacerdote que le acompañaba hubo de manifestar en su aire, y con algunas palabras de mal humor, el descontento que experimentaba de caminar así por el fango, y entonces el Obispo, para darle la correccion fraterna, dijo á los otros sonriendo: «Miren qué vanidad tiene el señor Abate.» (4)

(1) Dep. del mismo sacerdote enfermo.  
(2) *Historia de Saint-Germain-des-Prés*, p. 220 y 287.  
(3) Carlos Aug., p. 525.  
(4) Idem, p. 525 y 526.

